VIDA Y ARTE

Sr. D. Antonio Machado.

Mi estimado amigo: La carta en que me contesta a lo que dije a su hermano Manuel, en la que le escribí hablándole del librito de poesías que usted ha publicado, es una carta sugeridora. Y a tal punto lo es, que creo bueno contestársela en público y tomando a usted como de medianero para con éste.

Precisamente las impresiones de sus dos años de estancia de París que usted me comunica, me llegan a tiempo en que estoy leyendo el librito de Léon Bazalgette *Le Problème de l'Avenir Latin*, al que pienso dedicar dos o tres estudios.

«Poseen el arte de conversar —me dice usted de los franceses—, el cual consiste en conceder siempre la razón al interlocutor y seguir sosteniendo la tesis contraria, así como nosotros poseemos el arte de *disputar*, que consiste, a su vez, en pegarle siempre al interlocutor, aunque estemos de acuerdo con él. Y es que para un francés, el discurrir sobre un tema cualquiera, es un simple pretexto para apurar unos cuantos ajenjos, y para nosotros una opinión es algo así como un gallo con espolones afilados que debe siempre pelear. Ellos saben beber y nosotros no sabemos hablar». Todo lo cual se lo dice usted a un infatigable disputador y bebedor de agua tan sólo.

Comenta usted luego lo que, a propósito de su libro de usted, le escribí a su hermano de que es fuerza nos abramos paso por nosotros mismos en la selva española, virgen en su mayor parte, y al comentarlo da usted en una de mis tesis favoritas. Me dice que sostenía a algunos amigos de allá, grandes adoradores del alma francesa, que la vida en París es poco fecunda para el arte, porque la vida allí es arte, y no siempre bueno, y el arte viene a ser ya como una redundancia u ornamento casi inútil. «Pasa lo contrario —añade usted— en España, donde aparte algunas capitales que tienen alma postiza, la vida, que se ignora a sí misma, corre más espontanea y verdadera, y tiene mayor encanto para el arte». Y más adelante: «Empiezo a creer, aun a riesgo de caer en paradojas, que no son de mi agrado, que el artista debe amar la vida y odiar el arte. Lo contrario de lo que he pensado hasta aquí». Vamos a ello.

Dejemos en paz a los franceses, y que sean como son, o búsquense como deben ser, deslatinizándose como quiere Bazalgette, y seamos también nosotros como por dentro somos, buscando nuestro fondo permanente, y deslatinizándonos también hasta encontrar los entresijos ibéricos, morunos, berberiscos o lo que fueren. Dejo también eso de que no son de su agrado las paradojas, forma la más perfecta para exponer verdades vivas —y bien lo sabía el Cristo que las prodigó en su buena nueva— y vamos a su fórmula de que el artista debe amar la vida y odiar el arte.

He perdido ya la cuenta de las veces que habré hablado y escrito del teatro de teatro, novela de novelas, cuento de cuentos, etc., etc. No voy casi nunca al teatro, y es que no puedo resistirlo; aquellos personajes que gesticulan y charlan en el tablado, me parecen sacados de otros dramas o comedias, me hace el efecto de ser un mundo aparte. Los más de los dramaturgos se forman leyendo dramas y viéndolos representar. He de confesarle que no conozco nada de Tamayo, y que mi repugnancia a leerle o ver representar sus obras, procede de que fue hijo de cómicos y se educó entre ellos. Sólo iría al teatro cuando me anunciasen la entrada en él de «un bárbaro», de un extraño a las tablas. Tengo tanta aversión a los personajes de teatro como a los hombres que hablan como un libro, pues el hombre que habla como un libro es incapaz de hacer un libro que hable como un hombre. No puedo resistir a los pedantes del oficio que nos salen a cada paso con el estribillo de si es o no es una cosa teatral, siendo lo peor de ello que logran sugestionar al público, a ese mismo público borregueril, que por instinto rebañego se empeña en que le ha de parecer más hermosa la Venus de Milo que una moza pizpireta, de nariz remangada y ojos picantes.

De las novelas de novelas, no hablemos.

Ya sé que nos dirán que el arte es algo específico, que tiene sus leyes y sus reglas, que hay normas eternas del gusto, y otra porción de monsergas que se lee doctamente desarrolladas en cualquier manual de estética, pero yo me atengo a lo mío. Y lo mío es que prefiero todo estampido bravío y fresco que nos pone a descubierto las entrañas de la vida, que no todas esas gaitas que acaban en los sonetos de Heredia o en las atrocidades de Baudelaire.

Ni concedo que ese arte por el arte mismo sea superior en cuanto a la forma. Día llegará en que en nombre de la Hermosura se pegue fuego a todo papel en que estén estampadas frases de esas que se llaman impecables, barnizadas vaciedades. No se debe tolerar que los anémicos traten de imponernos su estética, ni quieran hacer pasar por perfecciones sus soñolientas melopeas, sujetos que tengan amasado el cuerpo con pus y el alma con envidia.

He oído decir de un famoso compositor francés que, oyendo en Madrid algunos aires de un popularísimo músico español, decía: «Esto no es música, pero de entre lo que se le parece, es una de las cosas que más nos agradan». El español debe decir:

«No disputemos por nombres, esto será música o lo que se quiera, pero sea lo que fuere, si tiene alma y la comunica, es mil veces más hermoso que todas esas sonatas sabiamente construidas». Que es lo que yo hago cuando me pongo a hablar en público, y se me oye con atención y hasta con agrado, y dicen después: «lo cierto es que gusta oírle, pero no es orador». Yo me digo: «los que no son oradores son todos esos mentirosos adjetivadores, parlanchines de manoteo y de párrafos largos y redondos». Porque aquí, amigo Machado, oigo a muchos lamentarse del exceso de oradores, y yo apenas he oído aún a ninguno que lo sea. Los que he oído se guardan y recelan, carecen de unción y de vida, cierran las entrañas, acaso porque no las tienen. Me aseguran que lo son de veras tales y cuales, A. y M., verbigracia; no los he oído, pero he leído algunos de sus discursos, y no hay potencia humana que me haga creer que todo aquello pueda haber sido una hermosa oración, así la haya pronunciado el mejor actor del mundo. Porque de allí no se saca, no digo una idea, ni una metáfora, ni un grito del corazón, ni un vertimiento de alma, ni una frase de unción.

La cuestión es no cortar la digestión de las gentes bien comidas, ni meter inquiteud en el corazón de los satisfechos con la vida que pasa. El arte debe ser un buen digestivo, y para ello buscar drogas que acaben por estragar los estómagos.

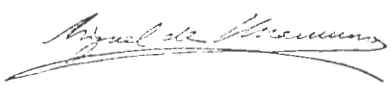
Venga usted a lo más externo, a la lengua, y vea cómo nos la están poniendo los estilistas, atentos a borrar asonancias y a rebuscar otras mandangas. Agavillan todos los chamariles, y así sale ello. Al cabo, esa lengua horrida y escualida del parlamento en que está escrita la prensa. De vez en cuando algún infeliz que se pone a enfurtir su lengua a mazo y sudor.

He pensado mil veces lo bueno que sería que una legión de taquígrafos se dedicara a tomar por cafés, mercados, plazas, ferias y tabernas de lugarejos, todo lo que se dice y charla, y se publicara esto, y luego no faltarían quienes se habían de hacer cruces al descubrir cuánto se diferencia, en la sintaxis sobre todo, la lengua que se habla de la que se escribe. Y la sorpresa sería mayor al ver que muchos de los escritores que son tenidos por más incorrectos, es porque hablan lo que escriben; lo contrario de esos oradores que escriben lo que hablan.

Y todo esto, aunque caiga en sarta sin cuerda, tiene relación a lo que usted me escribe del arte y de la vida. Recorra, pues, la virgen selva española, y rasgue su costra y busque debajo de la sobrehaz calicostrada en agua que allí corre, agua de manantial soterraño. Huya, sobre todo, del «arte de arte», del arte de los artistas, hecho por ellos para ellos solos. Es como cuando un pianista se presenta al público a tocar piezas difíciles, ejercicios de prestidigitación, virtuosidades, en fin. Eso es un insulto. Y es un insulto al público darle serventesios, madrigales, pastorelas, cantigas o cualquier otra antigualla a la manera de éste o de aquél. Que no se vea en usted al profesional, por Dios: dé usted cosas sin mote y a la manera de usted. La profesión de poeta es una de las más odiosas que conozco, y en cuanto se hace de la poesía profesión, habría que obligar al poeta a que fuese lo que en algunos apartados lugares entienden por tal nombre: calendariero, esto es, el que hace juicios del año para los calendarios y los pone en coplas. Por eso decía cierto barquero del Mondego, en Coimbra, al preguntarle qué poeta conocía: *¡o zaragozano, senhor!*

Recuerde cómo Platón, aquel soberano artista y poeta expulsó de su República a «esos hombres hábiles en el arte de imitarlo todo y de tomar mil formas diferentes» que van a que se admire sus obras, y después de rendirles homenaje como a hombres divinos y admirables, les dice que no los admite la República y les despide, derramándoles perfumes sobre la cabeza y contentándose con poetas y narradores más austeros y menos agradables. Es decir, más poetas que los otros.

Bueno es que busque su arte en la vida, y en la vida sin arte reflexivo, pero mejor será que afirme su propia estética y acepte la batalla en su terreno. Haga lo que yo hago cuando me vienen con retóricas los cinceladores de frases frías y huecas, y me hablan de la forma, y es que replico: «Sí, es cierto; forma, pero es que como forma la vuestra es detestable, es que los que apenas os cuidáis sino de la forma, ni aun forma conseguís, pues eso no es forma, sino chapeado, eso es adormidera y nada más».



[*Helios*, 1903.]